

## ¿AVE FENIX O AVE EN EXTINCIÓN?

Cuando el mapa venezolano se iluminó de blanco, Venevisión, la noche de aquel domingo de Diciembre del 95, vinieron a la memoria "flashes del pasado": Acción Democrática otra vez. Como siempre, resucitando de entre los muertos y, en cierto modo, contradiciendo a los augures. Había jugado a URD, o si quieren mejor al Copei calderista del aciago período de Rómulo Betancourt: estar con un gobierno que se deteriora, y aun así—¿o quizás gracias a eso, precisamente— mejorar su desempeño electoral.

Pronto, sin embargo, el asombro inicial comenzó a transformarse en duda, para ir concluyendo en indignación. Había, eso ya era obvio, una diferencia sustancial con el pasado. Los "flashes", por tanto, más que aclarar nada, confundían todo. Esa diferencia, nada pequeña, en consecuencia, nada desdeñable, residía en un engaño "contable", si se quiere. El triunfo de Acción Democrática, por lo que se colaba ahora, había sido en las "actas", no en los "votos". Hubo incluso quien cínicamente, del lado adeco, recordara que "acta mata voto", lo cual es el primer paso para otra muerte—o asesinato, si prefieren— mucho más terrible: "plomo mata elecciones". Burlarse así de la voluntad popular impone a ésta el que recurra a solicitar un castigo ejemplar para un sistema que así pretende imponerse. Que el otrora Partido del Pueblo sería el más duramente castigado y, al mismo tiempo, la más grata víctima de semejante castigo, ¿hay alguien que lo dude?

### LOS "FLASHES" DEL PASADO

Los "flashes" de triunfos pasados tienen, empero, una utilidad obvia. En 1958 Acción Democrática mostró que, de Valencia pa'dentro, tenía un control férreo de los votos. Larrazábal y quienes le sostenían nada contaban en la "verdadera Venezuela". Allí, Acción Democrática era el Partido y punto.

La merma de 1963 no logró arrancarle su dominio, y cuando, herida por la única verdadera división que la ha sacudido en su historia, perdió el poder, fue

por apenas 50 mil votos, si es que queremos redondear la cifra. En 1968, Acción Democrática se separó de su inseparable amigo de los días duros. Lejos estaban los adecos de imaginarse que, veinticinco años después, renovarían su amor antiguo, aunque esta vez un poco furtivo. Caldera venía de un divorcio traumático y no era tan aconsejable que ahora apareciese "saliendo con otra", como se dice en el argot de amores y desamores.

En 1973, conducida por un personaje que ha sido tantas cosas para ese Partido, Acción Democrática tuvo una vuelta contundente y rotunda al poder. Los años no habían pasado en vano; sin embargo, Carlos Andrés Pérez hizo algo que se le convirtió en un vicio: su partido le condujo hasta el zaguán de la casa. Cuando la rumba comenzó, le dieron con la puerta en las narices, y el hombre entró solo. O mejor, con otras compañías. Mucho adeco nuevo esta vez. Los viejos, ¡fuera!

A pesar de los intentos de Betancourt por conducir al Partido con un timón antiguo, en 1978 el país quiso probar con un copeyano que no era de corazón calderista. La experiencia fue tan traumática que el Viernes Negro de 1983 hizo saber a todos que el Partido del Pueblo volvería triunfal. Ese diciembre, el "gobierno" derrotado de las elecciones primarias de 1978, fue el candidato que cosechó la ira popular contra los copeyanos. Se iniciaba así uno de los períodos gubernamentales más penosos de la era democrática venezolana. Un presidente incompetente, gobernando en solitario con la facción lusinchista de su Partido y con su secretaria, mantuvo el país a raya con un instrumento vergonzoso: Recadi. A punta de dólares baratos, los medios de comunicación, siempre tan creídos y autosuficientes, ahora humildes y obsequiosos, contribuían decisivamente al sitial de Lusinchi en las encuestas.

Mientras, la ira popular seguía acumulándose contra los Partidos. El que todos los cargos—actualmente electivos— fueran asignados a "dedo" y que, el secretario general de cada zona se desdoblase en Gobernador o Jefe Civil llevó a cinco

Antonio Cova

**AD ha ido aceleradamente transformándose en una "máquina" de garantizar votos. Ese desarrollo eliminó de la vida del partido cualquier actividad que no sea la de cuadrar y contar votos. Cada vez más, entonces, el partido es un ámbito donde sólo se sienten a gusto los Hospedales, los Lewis Pérez, en otras palabras, las burdas copias reducidas y lamentables de Alfaro Ucero**

años de "priización" acelerada de un Partido poderoso, al que poca falta y mucho daño hacía semejante política.

## AD Y CAP, CAP Y AD

Con un panorama tan "rosado", el lusinchismo —acicateado por la furia sorda de Blanca Ibáñez— creyó poder mantenerse "hasta que el cuerpo aguante", y pensó hacerlo con Octavio Lepage. Carlos Andrés Pérez probaría algo que a la larga mostraría su verdadera importancia. Habían aparecido otros actores en el país, y su poder no era desdeñable. No sólo eso. Probó que si contaba con el apoyo de importantes grupos financieros y algunos individuos de gruesas chequeras, conquistar o reconquistar el adormecido apoyo "dentro" del partido no sería difícil. Así, en aquella etapa electoral intermedia memorable, CAP asestó un golpe contundente al oficialismo... y a sus dolientes. La "contrafactura" por tal hazaña llegaría, terrible, algunos años después.

CAP ganó, barrió más bien, en Diciembre de 1988 por el apoyo de los grupos económicos caraqueños —y sus copias fotostáticas en la provincia— y la muy hábil manipulación de y a través de los más influyentes medios de comunicación: La televisión, en particular, mostró como nunca antes, cuán poderosa es cuando se pone al servicio de algo que tendrá concretos resultados en el corto lazo.

Los enemigos de CAP —los más poderosos y certeros, los de la propia casa— esperaban su oportunidad y quizás vieron complacidos cómo, en la "Coronación", en el Teresa Carreño los adecos se quedaron en el estacionamiento. Pocas semanas después, el gobierno sufrió un infarto tan masivo que hizo ver que la muerte sería temprana. El 27 de febrero dejó a CAP sin sus amigos recientes y con los "viejos" negándose a una foto de grupo. Un doble error sellaría la suerte de CAP esta vez: creer que con sólo economistas podía gobernarse a este país y suponer el apo-

yo pasivo, complaciente y abnegado de su propio partido. Si te acompañaban en las buenas, seguro que lo harían en las malas

Como una esposa dolida por las infidelidades repetidas y el abandono contumaz de su marido, Acción Democrática fue vaciando los pasillos de Miraflores. La recién estrenada elección directa de gobernadores y alcaldes, por otro lado, no sólo imponía un "trabajar por su cuenta" a los candidatos adecos, sino la necesidad de mantenerse alejados de un Presidente que, ahora, era una "soga al cuello" para cualquier aspirante al voto popular. Cuando el "lusinchismo" captó el único momento de esplendor de los autoerigidos "Notables", selló con él una coalición que derribaría a Pérez y le convertiría en el preso más notorio —y más incómodo— de esta turbulenta etapa de nuestra democracia.

## DE LA AGONIA DE PEREZ A LA DEL PARTIDO

Los desarrollos macrosociales y los



acontecimientos espectaculares tienen la peligrosa virtud de "esconder" y demasiadas veces "sepultar" el lento proseguir de tendencias más duraderas y cuyos efectos, a largo plazo no sólo son más impactantes, sino, lo más grave, de difícil reversión.

¿Qué iba pasando tanto en el país como en Acción Democrática en todos estos años? La segura erosión de los partidos y en general de todo lo que significa el espacio y el ejercicio de "lo político", no sólo tornaba cada día más duro moverse en ese ámbito, sino que alejaba peligrosamente a lo mejor y lo más preparado de la sociedad, de ese mundo. Hoy día, para decirlo en muy pocas palabras, no da "caché" estar en la política. Recientemente, además, se ha tornado de enorme peligrosidad, porque cualquier abogado de medio pelo, cualquier juez desconocido, cualquier diputado suplente, puede tornar muy amarga la vida de cualquier político o incluso experto metido a ejercitador de la cosa pública.

Legiones enteras de venezolanos abandonaban a los partidos e incluso hasta las ganas de votar. Poco a poco los partidos, o sus dirigentes, iban siendo desalojados de los centros de discusión sobre el país. Otros actores, con otros intereses, con otros paradigmas, e incluso con otro lenguaje, ocupaban sus sitios ahora vacíos. Nada más penoso, para quien le haya tocado vivir la experiencia, que los vanos intentos de un político, superando las risitas burlonas de cualquier audiencia, por hacerse oír su discurso a todas luces anacrónico, cuando no francamente incomprensible. Que los adecos fuesen quedando solos en el escenario como los últimos y casi únicos representativos de semejante fauna no vaticinaba nada bueno para ellos.

Presionados por sus propias luchas —siempre presentes en la vida del partido— y por la necesidades electorales de cada pueblo, de cada estado, el Partido ha ido aceleradamente transformándose en una



“máquina” de garantizar votos. Ese desarrollo eliminó de la vida del partido cualquier actividad que no sea la de **cuadrar y contar votos**. Consecuentemente no hay ya cabida para quienes no encajen en ese “patrón” de actividades. Cada vez más, entonces, el partido es un ámbito donde sólo se sienten a gusto los Hospedales, los Lewis Pérez, en otras palabras, las burdas copias reducidas y lamentables de Alfaro Uceró.

En una sociedad donde crecen —acompañadamente y en tenebroso concubinato— la marginalidad y la abstención electoral, el Partido del Pueblo está expuesto a un cianuro con sabor naranja. Ganan elecciones porque simplemente sólo las maquinarias, los activistas y sus más cercanos beneficiarios votan. Por consiguiente, sólo a ellos hay que complacer. Pero llenar las expectativas —de índole bananera y puestívora— de esos seguros votantes es la mejor manera de espantar... y enfurecer a los que verdaderamente cuentan. Desde ese punto de vista, entonces, la verdadera participación política, por lo que parece; es la que se presenta en Lara y más espectacularmente en Maracaibo, cuando sectores amplios de la población resisten ante los intentos adecos de ganarse los cargos, posterior a la elección respectiva.

El almanaque, por otro lado, implacable, reduce las figuras históricas que real-

mente **figuran**, y el partido va quedando sólo con Alfaro y sus secuaces. Nadie de valor, nadie de impacto, nadie de consideración, nadie que pueda escribir y ser leído, nadie para hablar y ser escuchado.

Acción Democrática es hoy una “carcacha” llena de unos cuantos votos en los que nadie cree y la mayoría no acepta. Un micrófono abandonado que habla un lenguaje que nadie escucha y que a nadie interesa. Una representación parlamentaria que ni huele ni hiede, que igual da que apoye o que se oponga, porque poca diferencia hará eso en la vida nacional. Y lo más grave de todo: es un partido al que se le ha impuesto un silencio que impide que se dé cuenta de todo eso, que lo discuta, que produzca alguna alternativa de

---

**Acción Democrática es hoy una “carcacha” llena de unos cuantos votos en los que nadie cree y la mayoría no acepta. Un micrófono abandonado que habla un lenguaje que nadie escucha y que a nadie interesa. Y lo más grave de todo: es un partido al que se le ha impuesto un silencio que impide que se dé cuenta de todo eso, que lo discuta, que produzca alguna alternativa de solución y trate de implementarla.**

---

solución y trate de implementarla.

Un partido así, un partido triste y siempre en peleas por cambures inocuos y evanescentes ¿para qué sirve a un país en la crisis más profunda de su historia reciente? ¿De qué sirven sus gobernadores y sus alcaldes? Si lo más que puede ofrecer es un apoyo parlamentario al peor gobierno de los últimos tiempos, y la plantilla de gobernadores, alcaldes y concejales que hoy exhibe y manipula, hoy su utilidad pública cada vez es más discutible.

¿Qué le puede deparar el futuro? Lo que le aguarda estará —¿quién podría dudarlo?— inexorablemente atado al de Venezuela. Que su líder más poderoso y cerril ya pisó hace rato los 70 años y que aún le queda vida y trayectoria a Carlos Andrés Pérez pueden suponer agitadas aguas para un futuro incierto. Nadie se avizora entre sus dirigentes actuales con brillo suficiente para destacar en nada, y ¿qué hacen unos cuantos votos sin balsa que los lleve a buen puerto ni cerebro que los utilice? Los éxitos de diciembre, a lo mejor, fueron alegría de tísico y, más que mostrar el resplandor de un ave fénix, lo que muestran son el último batir de alas de un ave en extinción, a lo mejor lenta, pero implacable y segura. ■

Antonio Cova es sociólogo, Profesor de la UCAB y del IESA.